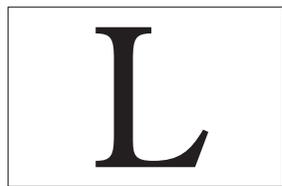


Esos ñudos o quipus...

Nota sobre la obra de Carmen Bernand

JOSEP MONSERRAT MOLAS

A propósito de CARMEN BERNAND, *Un inca platonicien. Garcilaso de la Vega (1539-1616)*, Fayard, Paris, 2006, 387 pp.



La obra de Carmen Bernand no cabe analizarla desde una *clave* sino que aparece como muchos *nudos* entrelazados. Un quipu es cada uno de los ramales de cuerdas anudadas, con diversos nudos y varios colores, con que los indios del Perú suplían la falta de escritura y daban razón tanto de las historias y noticias como de las cuentas en que es necesario usar guarismos. “Esos ñudos o quipus los tenían indios de por sí a cargo, los cuales llamaban *quipucamayú*, quiere decir el que tiene cargo en las cuentas; y aunque en aquel tiempo había poca diferencia en los indios de buenos a malos, que según su poca malicia y el buen gobierno que tenían, todos se podían llamar buenos, con todo eso, elegían para este oficio a los más aprobados y los que hubiesen dado más larga experiencia de su bondad, porque entre aquellos indios jamás se usó favor ajeno sino el de su propia virtud” (*Comentarios reales*, capítulo VIII, libro VI). A través de tal sistema, la civilización inca almacenaba y transmitía determinada información. Sería tentador comparar la obra de Carmen Bernand con un quipu, con lo que incluso se podría honrar la memoria de la civilización perdida, pero parece más justo compararla con un *tapiz*: del entrelazado de diferentes hilos surge una imagen. La imagen que se nos presenta es la de la vida y obra de Gómez Suárez de Figueroa, natural del Cuzco, más conocido como el Inca Garcilaso de la Vega. Ciertamente dice la autora que “[l]’histoire que nous présentons ici est une tentative de renouer les fils coupés du tissu de son écriture”.

Por otra parte, e insistiendo en la posible comparación con el quipu, si acaso no sería justo que fuese imagen de la obra, puede que sí que lo sea de la imagen que el tapiz nos mostraría: una imagen clara y respetuosa de los elementos con los que se trata, de la relación que mantiene unos con otros (por dónde se anudan, qué colores llevan), pero que reconoce a su vez el misterio de la persona concreta e individual. Ello no resulta por defecto de su autora sino, al contrario, por fidelidad a lo retratado, que a pesar de poder ser descifrado siempre se mantiene como misteriosa personalidad, o, mejor dicho, el misterio de su personalidad es respetado. Bernand no pretende entender al Inca Garcilaso mejor de lo que él mismo se entendió, pero tampoco menos: la autora nos muestra el afán del mestizo por conocerse, afán que procuró llevar al límite de sus capacidades. Garcilaso afirma que ha querido salvar del olvido, a través de su escritura, los hechos

extraordinarios que le han sido confiados o que recuerda: la obligación de la memoria es una constante de su obra, dice Bernand, así como lo es también el dar la palabra y audiencia a “las otras voces” (el pensamiento neoplatónico, la herencia judía y la memoria de la civilización inca): su condición de mestizo, condición asumida y valorada, le permite y le exige tal responsabilidad. Nota la autora cómo esta situación hace del Inca Garcilaso un autor que coincide con la tendencia reciente de acreditar las voces de la alteridad. “Proclamando que conoce las costumbres de los incas por haberlas conocido a través de la leche materna, él traspasa los límites de la ortodoxia, de su condición de descendiente de Garci Pérez de Vargas, y reivindica su condición pagana. Su deber de memoria y sus dobles lealtades le aproximan psicológicamente a los *nuevos cristianos*, divididos entre dos tradiciones y destinados a la disimulación y al silencio. Garcilaso no duda en forjarse una coherencia a partir de elementos contradictorios. Tal elaboración no es simplemente intelectual, es también la expresión de inquietud y de conflicto resultado de su estatuto híbrido e inclasificable” (p. 301). Aunque en ocasiones la distancia deja su mella, como en la siguiente anécdota: “El nombre que los indios les dan se me ha ido de la memoria, aunque fatigándola yo en este paso muchas veces y muchos días, y reprendiéndola por la mala guarda que ha hecho y hace de muchos vocablos de nuestro lenguaje, me ofreció para disculparme este nombre *cacham* por pepino; no sé si me engaña, confiada en que por la distancia del lugar y ausencia de los míos, no podré averiguar tan aína el engaño; mis parientes, los indios y mestizos del Cuzco y todo el Perú serán jueces de esta mi ignorancia y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdonenmela, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan insoportable como esto lo es para mis pocas fuerzas (sin ninguna esperanza de galardón suyo ni ajeno)” (capítulo XI, libro VIII).

Un inca platonicien. Garcilaso de la Vega es una obra francamente legible y que apasiona. Como presentación del Inca Garcilaso y de su obra es un trabajo fruto de la erudición y presentado en forma de síntesis. Es uno de esos libros que sólo pueden realizarse después de un conocimiento profundo y amplio del tema y que se permite acompañar al lector por un sendero que no deja de proporcionar sorpresas, vistas de paisajes, recuento de detalles, reflexiones y meditaciones todos ellos significativos y que se reúnen finalmente, para el lector, en una imagen rica, densa y extraordinariamente atractiva: la de la vida y obra del Inca Garcilaso de la Vega.

La síntesis resulta eficaz porque los elementos con los que se elabora son resultado de un análisis adecuado, que se reconocen en la estructura misma del estudio. *Un inca platonicien. Garcilaso de la Vega* está dividido en tres partes. La primera parte ('Destinos cruzados: los filósofos, los caballeros y la princesa') muestra los elementos que se cruzan en la vida del Inca Garcilaso, elementos que se mezclan en sus diversos mestizaje: el primero y elemental es el que procede de sus padres, el capitán Garcilaso de la Vega, que se nos presenta como un representante de la primera hora de los conquistadores y de la última hora de la caballería y nobleza castellana tardomedieval, y de la princesa Isabel Chimu Ocllo, prima de Atahualpa, que se nos presenta y desvanece como se desvaneció la civilización sometida. El Inca Garcilaso será el fruto de la mezcla primeriza. Ahora bien, el libro no empieza con el retrato de sus padres, a los que corresponde los capítulos segundo y tercero, sino que empieza con el retrato de un personaje y de una familia de judíos que deberán abandonar la España que se reconoce y se recrea en la pureza de la sangre: la familia Abravanel y en concreto Juda ben Isaac, más conocido como León Hebreo, son los protagonistas del primer capítulo. Iniciar el libro con este capítulo consigue mostrar muy claramente los elementos que permitirán la comprensión del Inca Garcilaso a partir de la comparación con el autor de *Los diálogos de amor* que el Inca traducirá al español. El Inca Garcilaso pensará su propia situación y resolverá su condición de mestizo en el seno de la intolerancia y la Inquisición con una obra de memoria respecto a la infancia perdida, respecto a la civilización perdida de su madre y respecto al mundo de la caballería perdido de su padre, que se realizará según las claves del pensamiento renacentista, que a su vez es la mezcla o mestizaje de la cultura clásica (en este caso neoplatonismo) y la religión judía. A su vez, a esta complejidad se suma que los elementos que configuran la síntesis judía y neoplatónica (clásica) de León Hebreo respecto de la comprensión de la realidad proporcionarán las claves respecto de las que el Inca Garcilaso efectuará la reminiscencia de la civilización inca, y de este modo facilitará su incorporación como ejemplo para pensar la política en los siglos posteriores.

La segunda parte, titulada 'El ombligo del mundo', es la más breve, tan sólo dos capítulos, que retratan la infancia y primera juventud del Inca, pero que resumen la riqueza fundamental de tal experiencia y en su brevedad relativa permiten después entender toda la obra del historiador Garcilaso como una "recherche du temps perdu". La tercera parte se centra, sobretodo, en la madurez y la obra del escritor. Si el primer capítulo de esta tercera parte retrata su obligado retiro en Montilla, "este rincón de pobreza y soledad", el segundo capítulo y séptimo de la obra es un análisis de su primera obra: la traducción de *Los diálogos de amor* (1590) de León Hebreo. Este capítulo séptimo ('Platón, el rabino y el inca') ocupa un lugar especial, pues recoge el primer capítulo de la obra y proporcionará muchas de las claves para entender la obra posterior de Garcilaso, pues el Inca no es considerado meramente un historiador ("uno de los autores cimeros de toda la literatura historiográfica en español", consideraba Valverde), sino un autor dotado de un pensamiento propio y del que puede considerarse su obra como un todo. Los siguientes capítulos se dedican a las otras obras princi-

pales de Garcilaso: a la *Relación de la descendencia de Garci-Pérez de Vargas* (1596), a *La Florida del Inca. Historia del Adelantado Hernando de Soto y otros heroicos caballeros españoles e indios* (1605), a la *Primera parte de los Comentarios reales que tratan de los Yncas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas y de todo lo que fue aquel Imperio y su república antes que los españoles pasaran a él* (1609), y, finalmente, a la *Historia General del Perú* (1617).

La interrogación de la que nace el libro se plantea desde su mismo inicio: ¿por qué el gobierno teocrático de los incas ha servido para pensar la política a pesar que sus fundamentos son tan diferentes de los europeos? El estudio presentado por Carmen Bernand desvela algunas de las claves que dieron a los incas valor de ejemplo.

¿Qué tipo de biografía plantea la autora? Logra superar aquello que podría llamarse una "biografía clásica" del personaje, planteando cómo se entrelazan la historia ejemplar y crepuscular de los incas, las corrientes intelectuales del Renacimiento, especialmente el neoplatonismo de León Hebreo, y el proyecto de los historiadores andaluces de finales del siglo XVI. Es, pues, una historia intelectual tal como la vive un protagonista concreto de la vida de la inteligencia. Es este reconocimiento de la coherencia de la obra y de su relación con la dimensión personal y existencial —sostiene claramente la autora— lo que separa los presupuestos de su estudio de los de la concepción mantenida por Barthes o Foucault. Las identidades en conflicto que conviven en Garcilaso (un oscuro hidalgo bastardo, descendiente de un linaje glorioso; mestizo que pertenece, por línea materna, a la aristocracia peruana; militar privado de gloria; hombre de letras renacentista o humanista en tiempos de barroco; cristiano que hace sus primeras letras a través de un judío ibérico) son aquilatadas y reconocidas como tales en una síntesis que se da sin un lugar propio, incompleta como la vida misma. Como bien retrata Bernand, el Inca Garcilaso resulta "un hombre de la ruptura, del desarraigo, de la errancia y de la melancolía", pero a través de sus letras logra la victoria póstuma de la memoria de un pueblo vencido con la que pensar la condición humana.